

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA 4 rs. al mes.—En PROVINCIAS 15 rs. el trimestre y 52 al año.—En el ESTRANGERO 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres-Cabrera.—Se suscribe en Córdoba casa del director económico Sr. D. Rafael Bastida, Plazuelas de S. Juan n.º 22.—Fuera en las principales librerías.

ADVERTENCIA.

Con objeto de no perjudicar los intereses del Teatro, y apelando á la bondad de las personas que me favorecen, suspenderemos hasta mañana Lunes 16, la reunion literaria que debia verificarse hoy.
B. SS. MM.

EL CONDE DE TORRES-CABRERA.

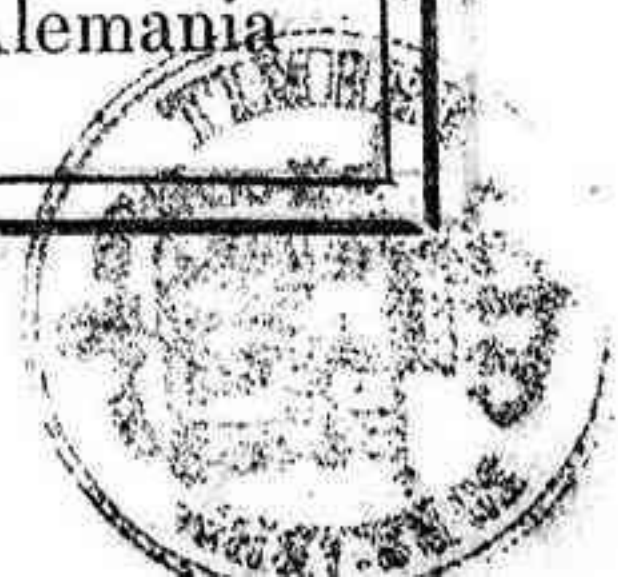
REVISTA GENERAL.

Fecunda en grandes hechos ha sido, á no dudarlo, la última semana. La paz con Marruecos despues de una completa victoria á la vista del Fondack, la vuelta de los primeros batallones cubiertos de gloria, absorbía la pública atencion, cuando llegaron á nuestros oidos los sofocados gritos de la rebelion abortada en S. Carlos de la Rápita.

El mariscal de campo D. Jaime Ortega, capitan general de las Baleares, al frente de 3000 hombres y alguna artillería, teniendo en su poder órdenes falsas del Gobierno para tomar el mando del ejército de Cataluña reemplazando al general Dulce, con algunos depósitos de armas y dinero, creyó fácil emborronar nuestra historia con la mas negra de las traiciones; pero sus planes para ser secundados debian

ser conocidos y no podian ser conocidos sin que fueran ecsecrados. El ex-general Ortega, se ha atrevido á atentar contra el trono de su Reina, queriendo arrastrar al ejército en su negra perfidia; pero sus mismos soldados le han hecho fuego al grito de «viva Isabel II.» Ortega quizá ignoraba que el nombre de Isabel bordado en sus banderas, lo tienen tambien nuestros soldados escrito en el corazon. Los pueblos se aprestan á la lucha, el Banco de Barcelona ofrece al Capitan General de Cataluña cuarenta millones para sofocar la rebelion, los partidos acuden á los pies del trono renovando sus protestas de adhesion, y el traidor avergonzado de sí mismo, pronto á ser juzgado, tarde habrá conocido que en España no prende ya el fuego de la discordia. Tal vez á la hora en que escribimos estas líneas el culpable haya sufrido su castigo; en tanto la prudente reserva del Gobierno en este asunto, dá lugar á mil comentarios. Se habla de planes vastísimos, de prisiones y fugas de personas notables, de súplicas é indultos. El grito de *Carlos sexto constitucional* ha hecho caer la odiosidad de este crimen sobre el partido carlista: nosotros sin embargo no contamos hoy con los suficientes datos para arrojar un borron de esa especie á la frente de un partido.

En las demás naciones los negocios siguen su curso natural: en Méjico continua la guerra, en Nueva Granada ha estallado una revolucion en que ha tomado parte el ejército y que aun lleva la cabeza erguida. En Alemania



se disponen grandes campos fortificados, de Nápoles se desmiente la dimision del ministerio, las tropas francesas se retiran de Lombardía por Niza y Saboya, y al duque de Magenta y mariscal Niel se confia el mando de los campos militares de Chalons y Herfaut.

El horizonte político internacional continua abigarrado, es natural: la Italia era un pais donde poco á poco y por la accion pausada pero segura de los tiempos se iban amalgamando mil opuestos intereses creados por distintas manos. Las demás naciones impacientes han querido simplificar las cuestiones con poderosos reactivos; cada una á su vez ha vertido su pomo; hoy las pasiones hierven en la redoma y tal vez amenaza una esplosion terrible.

No es una, no, la cuestion de Italia, son tres cuestiones cuando menos, de origen diverso y de diversas consecuencias, cuestiones que juntas se complican formando un nudo misterioso que afecta los intereses de todos los gobiernos, que se enlaza con todos los principios y derechos reconocidos, nudo gordiano que tal vez reclame la espada de Alejandro.

En efecto, Victor Manuel acepta la anexion de los Ducados y las Legaciones. El Austria que tiene garantida la integridad de los primeros, protesta. Pio IX que tiene un deber sagrado en conservar las segundas, protesta tambien, y fulmina su anatema. Napoleon que ocupa á Chambery y Niza, calla, pero no se cree comprendido en la bula de excomunion y el dia 4.º acompañado de la Emperatriz en la Real Capilla se acerca á la mesa de la Eucaristía. En tanto la cristiandad, que como dice Fenelon forma una gran república, se une, establece sus comités para llevar á cabo la obra del *Dinero de S. Pedro*, y cuantiosas sumas, y exposiciones firmadas por pueblos y distritos enteros, llegan á los pies del Santo Padre.

Napoleon acepta la anexion de la Saboya, Rusia consiente mirando la cuestion como cesion de un sobe-

rano á otro, claro es pues que Rusia desconociendo el derecho del pueblo, protesta contra la anexion de los Ducados y las Romanías.

Es decir, que Victor Manuel y Napoleon III, reconocen la soberanía monárquica en la cuestion de Niza y Saboya (a) y la desconocen en las provincias de la Italia central; que la Francia acepta los legados de la Cerdeña como resultado de su cooperacion en los negocios habidos con el Austria y los Ducados, pero no acepta la excomunion como resultado de la anexion de las Romanías; que Inglaterra vé con placer desmoronarse el patrimonio de S. Pedro, y protesta contra la cesion de una pequeña provincia sarda; que Rusia protegerá la anexion de las Romanías en cuanto cuestion religiosa, consentirá en la de Niza y Saboya en cuanto cesion de un soberano á otro, y protestará la de los Ducados como infraccion de derechos; que Prusia conserva su aptitud expectante; que Austria evoca los tratados de Viena, de Paris, de Villafranca y de Zurich; que Suiza clama por su independencia; que los desposeidos gritan; que los poseedores callan; hé aquí el cuadro de la cuestion de Italia.

Mirado cualquiera de estos asuntos en el terreno de la práctica, su solucion es difícil de preveer; considerado en la esfera de los derechos la ruina del edificio internacional parece inevitable.

Muy poco ó nada pesan en la balanza Europea las provincias en cuestion; pero si de una gran bóveda se desprende una pequeña piedra, la ruina está iniciada. Hoy tácitamente están rotos todos los tratados, hollados todos los derechos, se ha dado el primer paso, pero es difícil augurar el último.

En Palermo y Messina han estallado dos sublevaciones, segun algunos datos, promovidas por la Inglaterra; en Liorna ha sido sofocada una de-

(a) Véanse los documentos de anexion.

mostracion enérgica nacida al grito de «Viva la República» y «abajo Victor Manuel» indudablemente si hemos de creer en la teoría de los contrastes, el mundo camina hácia la paz universal.

EL CONDE DE TORRES-CABRERA.

SONETO.

A LAS TROPAS DE AFRICA

al pasar delante de la estatua de Cervantes,
en la noche del ocho último.

De el pedestal alzado á su memoria
Hoy os contempla el inmortal Cervantes,
Y él, que siempre eclipsó las mas brillantes,
Hoy tiene envidia á vuestra inmensa gloria.
Torna su mente á la naval victoria
Que cubrió el mar de múslimes turbantes,
Y aquella hazaña digna de gigantes
Hoy borra ante sus ojos vuestra historia;
Que, si en Lepanto la española furia
La media luna holló, y, en noble empeño,
A cenizas redujo sus bajeles,
Para vengar la afrenta de otra injuria
Sacude ahora su enervante sueño
Y conquista mas ínclitos laureles.

RICARDO DE FEDERICO.

9 de Abril.

EN EL ALBUM

de la Srta.

D.^a MARIA DEL CARMEN MARTEL Y VILLAVICENCIO.

Las hijas del Genil, de la fortuna
clavada tienen la mudable rueda.
En el trono francés se sienta una,
bella como el rosal en la alameda.
Otra que gracia y corazon aduna,
un ducal timbre á su prendido enreda,
y es en la córte espléndida, española,
por su talle gentil, única y sola.

Otra que tras ausente amiga corre,
hija asimismo del Genil undoso,
de Malakoff en la incendiada torre,
al admirar al héroe, halla el esposo.
¡Triunfos de la hermosura! No hay quien borre
vuestro escrito á cincel padron glorioso.
Las hijas del Genil tienen al hado
bajo sus leves plantas aherrojado.

Tú de esa raza, tú del pátrio rio
con mil murmullos plácidos mimada,
flor de este valle, dulce al númen mio
como una huri de la oriental Granada:
¿Quién rendirás á tu alto poderío?
¿qué corona ducal? ¿qué fuerte espada?
¿qué imperio?... No lo sé: mas no es quimera:
de una beldad cual tú todo se espera.

GABRIEL ESTRELLA.



EL AMOR LEGÍTIMO.

Cuan injusto es ¡oh amor! el que te llama
Tiránico y cruel, cuando suspira
Y el fuego que respira
Su ya rendido corazon inflama;
Y cuando de su bien los dulces brazos
Mira como prisiones y cadenas,
O fementidos lazos
Que añudan males, ó entretejen penas;
¿Porqué en estrecho círculo los ojos
No ven mas que despojos
De un pasajero bien, rápido, leve,
Leve aunque lisonjero,
Que cuandó al alma mueve
Siempre lamenta el término postrero?
¡Ay! vuela el corazon, y traspasando
El espacio pequeño en que se encierra,
Otro bien en la tierra
Elija entre las dichas de Himenéo;
Y en su ardiente deseo
Aspire á hallar el fruto idolatrado;
Que en él hallará amor, amor dichoso,
Sin término, sin fin, y que gozoso
Se ofrece en holocausto su traslado.

Perenne, estable, en su apacible seno
Morará entonces; cual por siempre luce
La flor que al cierzo del invierno crudo
Resiste erguida en su existencia ufana,
Y en perpétuo verdor se reproduce,
Mientras que gime el vástago desnudo,
Y se marchita la que vió lozana
Del bello abril la placentera aurora,
Del grato mayo la feliz mañana
Que tanto amor y bienes atesora.

Tal su término fué; tal su dominio:
Así sus galas ostentó y su triunfo
El legitimo amor ledo sentado
Sobre el lecho nupcial, dó con su aliento
No ya adusto y airado,
Alma dicha y contento
Vertió en ambos esposos,
En dulce union rendidos y amorosos.

¿De qué sirve el afan con que anhelante
Del seductor semblante,
Doblar las gracias que le dió natura
Quiere la ninfa libre, placentera,

Con el grato matiz ó la pintura
Que vierte el claro albor en su carrera;
O el ébano aumentar de su cabello;
O la blancura de su hermoso cuello;
Los sus labios mostrar tersos y rojos,
Dardos lanzando de sus negros ojos?
¿A qué el brial llevar caído y leve,
Que el blando aliento de Favonio mueve
O el manto desceñido
Que entrever deja un orbe apetecido;
Y las tiernas miradas
Mas que el alba de Neso emponzoñadas?

Nuncios son de dolor y pena dura,
Si á un liviano placer provoca y lleva,
Placer que deja el alma en breve, y prueba
De los remordimientos la amargura.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

INEDITO PARA LA REVISTA CORDOBESA.

BIBLIOGRAFIA.

I.

Hace poco que habiendo heredado en Paris un tal J. L., entre otras, una manda de 5,000 francos destinada segun voluntad espresa del testador para invertir en la adquisicion de una biblioteca, se dirigió por medio de una atenta carta al acreditado bibliófilo Jacobo (M. Paul de la Croix) suplicándole que le aconsejase para la realizacion de dicho proyecto. He aqui en sustancia la contestacion dada por el bibliófilo Jacobo, la cual extractamos del *Monde Illustré*:

«Dos preguntas me hace V., cuya solucion confieso humildemente que me embaraza, sobre todo teniéndolas que contestar en pocas líneas, cuando darian materia para varios volúmenes:

1.^a Desea V. que le diga cuales son las obras que un hombre de mundo debe leer, haber leído y releer.

2.^a ¿De qué modo distribuirá V. los 5000 francos para componer la biblioteca en cuestion; de qué obras?

V. entiende, segun manifiesta, por *hombre de mundo*, un individuo de cierto rango; habiendo recibido regular educacion; habiendo olvidado casi todo lo que habia aprendido; poseyendo ese barniz social, y flo-

rida charla superficial, de poco fondo muchas veces:—no es alusion.

Dejemos á un lado, al menos por hoy, la primera cuestion, que viene á ser justamente la que le proponia Napoleon I á su bibliotecario Barbier; cuestion delicada, indecisa, y complicada que ese sábio bibliógrafo nunca resolvió de una manera definitiva; porque el Emperador no queria leer, ó releer mas que aquellos libros que no contrariasen sus ideas, sus opiniones y sus sentimientos: de suerte que el *Emilio* de Rousseau, los *Cuentos* y aun las *Fábulas* de Lafontaine le eran antipáticos, y hubiese admitido mejor á Md. Cotin que á Md. de Staël en sus habituales lecturas.

El marqués del Paulay, en sus *Misceláneas extractadas de una grande biblioteca* (tomos I y II de esta basta coleccion) ha indicado los buenos libros que convenia haber leído de sus tiempos para ponerse al nivel del gran mundo, y de la sociedad fina y culta. Esos libros no pasaban de un millar de volúmenes, la mayor parte de lectura fácil y amena. El marqués de Paulay, que poseia para su uso una biblioteca inmensa, no participaba de la opinion del abate Lenglet Dufresnoy, respecto á que un hombre de calidad deberia de invertir quince años de su vida al estudio esclusivo de la historia, absorbiendo diariamente medio tomo en cuarto, ó la cuarta parte de un tomo en fólío.

Vamos á la segunda cuestion. ¡Cinco mil francos para comprar libros!... Segun; es mucho y es poco. Si yo le condujera á V. á casa de uno de nuestros bibliófilos que hacen de buen grado locuras tocante á libros, sin dejar de ser cuerdos, le probaria á V. que dichos 5000 francos llegan apenas para adquirir dos ó tres mil volúmenes. Entre los grandes aficionados á libros yo solo poseo la dificultad de la eleccion.

Le citaré á V. únicamente á M. Doublé, quien ha reunido en una papelera de palo de rosa unos cuarenta volúmenes de mas de 40,000 francos de coste; pero tambien posee tres volúmenes encuadernados por Capé de la obra de *Troissarol* que han costado 2500 francos.

Su *Yodell* no tiene mas que un volumen en cuarto; pero hay que advertir que habiendo sido de la pertenencia de la reina Margarita de Valois, con sus iniciales, costó nada menos que 2500 francos. En cuanto á los volúmenes procedentes de la célebre biblioteca de Grollier, cada uno de

ellos se ha pagado á mas de 3000 francos, y valdrán el doble dentro de cinco ó seis años; porque la bolsa de los hermosos libros está en alza continuamente, y los aficionados parece no estar dispuestos á jugar á la baja.

No obstante todo lo espuesto, 5000 francos de libros bastan para hacer una hermosa y buena biblioteca, con la cual podria contentarse una ciudad de tercer orden. Pero vamos á ver. ¿Será la biblioteca de un médico?—¿De un magistrado, la de un sacerdote, de un agricultor, de un negociante, de un literato, de una muger, de un jóven, ó de un anciano?—Esto es menester decirlo, porque hay bibliotecas de bibliotecas. Nada hay menos absoluto que una coleccion de libros. Es menester que esta sea adecuada y en armonía con las edades, los gustos, los caracteres y estados. Lo que conviene á unos no conviene á otros.

Como puede V. ver la cuestion se vuelve insoluble, por cuanto que no puede precisarse, ni generalizarse. Si yo supiese las condiciones y circunstancias que concurren en V. entonces podria con conocimiento de causa hacerle indicaciones especiales *ad hominem*, para la eleccion de libros; ojalá me hiciesen á mí una manda de esa especie, á condicion que me permitiesen irlos rebuscando uno á uno, en los rastros, en los puestos de libros viejos, en las plazas, baratillos y almonedas; y con esto me prometería una larga época de dulces y apacibles goces, de esperanzas sin mezcla de impaciencia, y de preciosos descubrimientos y adquisiciones, que tal vez duraría veinte ó treinta años, y eso que en los tiempos que alcanzamos los depósitos de libros raros y preciosos están tan explotados como las minas del Perú.

Un consejo me atrevo sin embargo á darle á V. de todos modos, y es: de coger el catálogo de una gran librería de *Rebaja*, y hacer su eleccion al acaso, guiándose de su propio instinto, y consultando V. mismo sus necesidades y simpatías. Con 5000 francos adquirirá V. próximamente unos 4000 volúmenes de todas materias, una biblioteca completa; y con otra herencia igual podrá V. encuadernarlos de nuevo, en lo cual invertirá V. sobre poco mas ó menos otros 5000 francos, teniendo tiempo durante su existencia de leerlos y releerlos todos. »

■ ■ ■

Hace setenta años, una hermosa muger

que sabia leer muy poco, que no podia escribir sin cometer á cada paso una falta de ortografía, tuvo el muy digno capricho de hacerse de una biblioteca, consagrando á ella tambien la suma de 5000 francos: era la condesa Dubarry, dama de Luis XV, quien le habia cedido un apartamento en el castillo de Versailles. Envió la condesa á buscar á un librero que vendia bibliotecas á precios fijos, y puso á su disposicion los 5000 francos, con particular encargo de que sin pérdida de tiempo le enviase á Versailles su biblioteca de libros lujosamente encuadernados, con las armas de Dubarry. La biblioteca se formó de buenas obras de moral, de literatura y de historia. La poesia, el teatro, y la novela ocupaban lugar preferente. El librero juzgó, con todo conveniente hacer figurar entre los libros algunos á propósito para alegrar los momentos perdidos de la favorita; así que no titubeó en introducir dentro de los estantes de la condesa á Crebillón hijo, representado por sus novelas *el Sofá*, *la Noche y el momento*, *la Casualidad al amor de la lumbre*; al abate Grecourt, representado por sus juguetes poéticos; la Fontaine, representado por sus cuentos; Dorat, representado por sus *Besos*. De intento intercaló varias obritas galantes adecuadas á las circunstancias, tal como el *Arte de amar*, poema de Gentil Bernard. Con cierta malicia sin duda comprendió entre los libros las *Desgracias del amor*, de la marquesa de Tencin. *El universo perdido y reconquistado por amor*, novela mitológica del Sr. de Carné, y la *Historia amorosa de los Galos*. En cuanto llegó la biblioteca á estar instalada en el gabinete de la querida de Luis XV, circuló irónicamente el rumor de que Mme. Dubarry habia aprendido á leer en un tratado de Fenelón titulado: *Direccion para la conciencia de un rey*. Tambien se notaba con alguna sorpresa el *Catálogo de los libros de Mme. marquesa de Pompadour*. El librero habia hecho las cosas como eujeto que lo entendia, solamente que los 5000 francos no habian alcanzado del todo; hé aquí á continuacion la cuenta de los gastos originados.

Cuenta de la Biblioteca de la Sra. Condesa.

	Libras	Sueldos.
Por 4068 volúmenes de todos tamaños	3008	»
Por la encuadernación de los consabidos, en tafíete encarnado, de cantos dorados y escudo de armas.	2812	42

Targetones y tablillas de los estantes,	48	•
Etiquetas de las materias.	9	»
Enrejados y adornos de los estantes.	42	»
Ocho papeleras para embalar los libros	36	9
Porte de conduccion de casa del libre- ro á la mensageria.	4	»
Gastos de trasporte de Paris á Versalles	37	»
Por el porte de las papeleras desde la mensageria hasta el Castillo de Versalles.	12	»
	<hr/>	
	6982	2
	<hr/>	

¡Gracias á su biblioteca Mad. Dubarry
llegó á perfeccionarse en la lectura; pero
nunca corrigió la ortografía de sus padres!

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Burgos. Abril 1860.

MI FELICIDAD.

ODA.

Mire yo de la aurora
Nacer la alegre llama
De amable primavera
Las candidas mañanas.
El plácido murmurio
Escuche de las aguas,
Con que el sonoro Bétis
Tranquilo se dilata:
Y del céfiro blando
Las dulces oleadas
Del cielo que le envia
Reciba entre fragancias.
Luego del bosque ameno
Por la bella enramada
Los rayos del sol mire
Nacer mi vista ufana.
De verdura cubiertas
Lucir miles llanadas,
Y de sus puras flores
Pastando lindas cabras.
Ora del alto monte
Trasponer las manadas
De los mansos corderos
Y de pintadas vacas.
Pacífico arroyuelo
De no envidiada plata
Sus raudas linfas guia
Por entre humildes cañas.
Oh! cual las florecillas
Al verle se solazan,
Y el corderillo inquieto
Cual sobre el márgen salta!

Ya el colorin gracioso
Al sol tiende sus alas,
Y con sonoro pico
Su gozo viváz canta.
Allá la abeja vuela
Y del romero y casia
Los pétalos sacude,
Y alza zumbanda el ala.
¿Donde vas, donde, dime?
La sigo; y mis pisadas
Oyendo, me saluda
La amorosa calandria.
Escuchóla y del valle
La sombra deseada
Me acoge y de sus trinos
Gozo en tranquila calma.
Allí dos fuentes nacen
De aljofarado nacar,
Do inclinadas se mecen
De un álamo las ramas.
Allí de mis amores
El tronco se levanta,
Que el nombre de mi ninfa
Con mis suspiros guarda.
Allí ecsala sus ecos
Mi lira enamorada,
Y aduerme entre sus cuerdas
El ave grata á Pálas.
Dos blancas tortolillas
Su arrullo estasiadas
Duplican, y se esconden
A mis tiernas miradas.
Amad, sensibles aves,
Que á eso el cielo os criara,
Y amandoos, feliz crece
La pareja preciada.
Viene el leal cachorro
Y adormecido guarda
Mis festivas corderas
Que buscan ambas palmas.
Sube al cenit ardiente
El brillante monarca,
Y el llano y las colinas
Sus ardores inflaman.
Mil céfiros volando
En torno de mi, exhalan
Por la encendida frente
Frescura regalada.
Luce el Héspero, nuncio
Del giro de Diana,
Y á saludarle subo
Por la cumbre mas alta.
Del padre de las luces
Miro como desmayan
Los bellos rayos lúcidos
Tras las negras montañas.
Dígole «á Dios» y espero

Que torne á la alborada
Y en la quietud nocturna
Gózase ya mi alma.
¡Cual la radiante Luna
Nuevos soles apaga,
Y cual de Olimpo luce
La estension azulada!
No sé yo si los mares
Llevan corrientes anchas,
Ni si el soberbio Ponto
Surca atrevido nauta.
La tímida centella
Que luce y vivaz salta
De entre el fondo celeste
Que el arroyuelo esmalta:
El lánguido balido
De mis humildes cabras,
O de mi dulce dueño
La sombra enamorada,
Contentos de mi vida
Los términos dilatan,
Y plácido en mis ojos
El sueño se derrama.
No vienen los cuidados,
Ni la insolencia ingrata,
Ni el ceño de la envidia
Turbando mi esperanza.
Ni temo de los próceres
Las téticas miradas,
Que cual la muerte humillan
Las abatidas almas.
Ni sé á quien Marte fiero
Proteje con su lanza,
Ni á quien encumbra altivo
Cual héroe loca fama.
Vendrá á robar mis dias
Triste vejez helada,
Y su enlutado manto
Me ofrecerá con ansia.
Yo en él, firme y contento
Envolveré mis canas,
Y bajaré á la tumba
Del bien terrible entrada.
Y á las pálidas sombras
Mi cítara alentára,
Del Hacedor cantando
Las bondadosas gracias.
Bajo una negra losa,
Que aun mi nombre callára,
Reposen mis cenizas,
De un bosque en la enramada,
De pinos y cipreses
Bajo la sombra grata
Yazga en ella escondido
Quien busca otra morada.

MANUEL RUIZ CRESPO.

(Inédita) (1835)

EL TULIPAN.

Traducción del francés.

El tulipan, como muchas otras flores, tiene su historia fabulosa. Si quereis creerla, os dirán los antiguos poetas que habia en Dalmacia una jóven encantadora, casta y virtuosa, que gustaba estremadamente de los colores fuertes. Un dalmáta llamado Vertumino, enamorado de la jóven, puso en juego todos los medios para ganar su afecto; pero riquezas, honores y alhajas, todo habia sido rehusado, cuando Vertumino habiendo descubierto la pasión de su amada por los colores vivos, imaginó ofrecérselos combinados en ricos adornos. A este aspecto la pobre niña sintiendo desfallecer su corazón y vacilar su virtud, invocó á los Dioses pidiéndoles la muerte antes que sucumbir: sus castos votos fueron escuchados: de repente se desvaneció á la vista de Vertumino. Su talle de una elegancia incomparable fué cambiado en un tallo fino, flexible y magestuoso. Sus largas trenzas de blondos cabellos, se convirtieron en graciosas hojas, y en fin, en lugar de aquella linda cabeza que tanto le habia seducido, no vió Vertumino mas que una flor, en la que los Dioses, para recompensar á la jóven, habian acumulado los mas bellos colores que puedan imaginarse.

Los materialistas, sin embargo, no contentándose, como puede suponerse, con este certificado de origen, han buscado otro. Conrado Gesner, que en 1560 dió la primera descripción exacta del tulipan, pretende que esta planta es originaria de Dalmacia. Dodoné dice haberla visto en Tracia y Capadocia. L'Ecluse la ha descubierto sobre los Apeninos en Italia, habiéndola encontrado también en Montpellier y en las montañas de Auvernia. Otros botánicos afirman que el tulipan nos ha venido de las Indias, y otros que de la isla de Ceylan en los confines de la

China, en cuyos campos crece con abundancia. Yo creo que todos estos sabios tienen razón, porque Dios, en su inagotable fecundidad, ha sembrado en todos los puntos del globo terrestre innumerables flores, y el tulipán, como otras muchas, tiene su origen en todas partes.

Hay el tulipán de Dios, el tulipán de la naturaleza, que crece y se multiplica solo, en plena libertad, en los campos de Bizancio, con sus pétalos de fuego y sus encendidos colores, abriéndose altivamente sobre la cima elevada de las montañas, y hay el tulipán del hombre, el tulipán del arte, la flor cuidada, acariciada y cultivada por el diestro jardinero. La historia de esta última es más positiva.

Al empezar el siglo XVII llevaron los portugueses á Holanda algunas cebollas de tulipán. Al principio se fijó poco la atención en esta bella y noble flor, mas de repente se puso tan en moda, que fué una pasión general, violenta é irresistible, una especie de locura la de poseer tulipanes. La tulipomanía, que empezó en 1634, duró más de veinte años con una intensidad increíble. A este propósito se cuentan las historias más extraordinarias.

Cierto holandés dió por un solo tulipán, llamado el Virey, treinta y seis sestáneos de trigo, setenta y dos de arroz, cuatro bueyes, doce ovejas, ocho cerdos, dos muides de vino, cuatro toneles de cerveza, dos de manteca, mil libras de queso, una cama, dos vestidos y una gran taza de plata, todo estimado en 2500 florines, (5000 francos.)

Otro aficionado dió doce fanegas de buena tierra por el *Semper augustus*.

La tulipo locura pasó la frontera á lo que parece, pues yo he visto hace algunos años en Lille una cervecería que tenía por muestra *Al Tulipán*, y que fué cedida en 1640 por una cebolla de la preciosa flor.

Esta tulipomanía hizo progresos tan espantosos, que los *Estados generales* de Holanda tuvieron necesidad de dictar

leyes muy severas para contenerla.

Hé aquí una anécdota tragi-cómica á propósito de tulipanes. Un marinero fué un día á llevar una carta á uno de los más ricos negociantes de Harlem, siéndole preciso esperar la contestación. El negociante le mandó dar un arenque para almorzar, y nuestro hombre se fué á sentar en el jardín á comer tranquilamente su pescado bajo el hermoso sol de la primavera. Al concluir de comerlo, le quedaba todavía un buen pedazo de pan que no hacía más que volver y revolver entre sus callosas manos, cuando reparó en una docena de cebollas, muy simétricamente espuestas á la benéfica acción del astro del día y de las flores. Bueno, dijo para sí, la casualidad me proporciona un famoso postre; y sin más se puso á devorar las cebollas como si se hubiese tratado de una simple chalota. Sin embargo no eran nada menos que tulipanes, de una rareza *rarisima*, como dice Gavarní.

En aquel momento se presentó el negociante, buscando al marinero para darle la respuesta; pero á la vista de este devorador, el infortunado holandés quedó sobrecogido de espanto: desgraciado, exclamó ¿qué has hecho?

Nada, señor, replicó el rústico, he tomado algunas cebollas para razonar mi pan.

El tulipómano dirige miradas feroces á su alrededor, vé la tierra cubierta con los restos de sus queridas cebollas, vacila, y cae arrojando un gemido y un grito: estoy arruinado!

El hecho es que el marinero, para razonar su pan, se había comido por valor de 100,000 florines de cebollas. Este es uno de los desayunos más caros de que he oído nunca hablar.

La siguiente historia me parece algo más difícil de digerir que las precedentes cebollas.

Un habitante de Bruselas poseía un jardinito, en el cual, por cierta virtud singular é inesplicable, los tulipanes sencillos se cambiaban como por encanto en dobles, adornados de los más

bellos colores. De todas partes traian á este hombre cebollas de tulipanes, para que los criase en su casa. Nuestro cultivador, cobraba una fuerte pension por cada una de las plantas que le eran confiadas, y en menos de diez años adquirió con su pequeño jardin una fortuna colosal.

La nacion holandesa no es la única que haya tenido por el tulipan una viva admiracion y un ardiente entusiasmo. Los turcos tienen tambien por esta flor un gusto particular, siendo en Constantinopla tan célebre la fiesta de los tulipanes como la de las linternas en Pekin.

Los hombres son en todas partes los mismos, niños grandes que necesitan juguetes, no habiendo mas diferencia sino en que los juguetes varian.

CONCEPCION Y JOSEFA CONTRERAS.



Si el aura murmura risueños amores,
Si crece lozana la rosa gentil,
Si el alba abandona su lecho de flores,
Es solo por tí.

Si amante se besan las castas estrellas
Que arrullan las brisas de plácido Abril,
Si el cielo coloran fulgentes centellas
Es solo por tí.

Si bella, indecisa descubre la luna
Sus tímidos rayos que envidia el márfil,
Rielando en las aguas de clara laguna
Es solo por tí.

Si en fin entre sombras divisan tus ojos
Un sauce que llora con blando gemir,
Es mi alma que siente tus duros enojos,
Y llora por tí.

LUIS CÁRLOS TIRADO.

Con gusto insertamos el siguiente soneto que nos remite un colaborador, en

el cual se esponen los principales defectos de que adolece nuestra literatura.

SONETO.

A FILIS.

Por te hablar de mi amor, Filis donosa,
La parla aprendo de Pedancio hermoso,
Que súbito, tronante y trompetoso
Tritura Apolo la triviala prosa.

La tu mano oscular, ¡ay! torneosa,
Pretendo delirante y caliginoso.
Juraréte yo amor, por ser tu *oso*,
Jurarásme tu amar, por ser mi *osa*.

Ya de Castalia nebulosa Astrea
Las ondas liba que al libar colora:
Ya de aljofar vistiendo se recrea

La falda Ceres, y arrojando Aurora
Del albo seno rutilante foco...

Me entiendes? No, mi bien!!! Ni yo tampoco.

Mio.

UN CUENTO ÁRABE.

A MI AMIGO BIEDMA.

POR

SERAFIN CANOVAS DEL CASTILLO.

(Continuacion.)

V.

Al octavo dia de estas entrevistas, llegó el señalado por el rey para la fiestas, que sabes estaban anunciadas.

Como Xarifa me rogára corriese alguna lanza en ellas, me ocupé durante este tiempo en prepararme, como tambien la cuadrilla que me habia de acompañar.

Esta se componia de cuarenta caballeros, vestidos de brocado azul y blanco, con muchos recamados de oro, y penachos de plumas de los mismos colores.

A la tercera lanza ya corrida, entraron por la plaza al son de ministriles y dulzainas, seguidos por mí que iba vestido á la turquesa, con todas las bordaduras de oro, y la marlota y capellar sembrada de mucha y costosa pedreria, regalo de mi hermosa Xarifa.

En mi escudo, en letras de plata, se leian estas palabras:

«Sola mi dama en hermosura.»

El mantenedor era el valiente y gallardo caballero Velid-Nacer: la plaza de Vivarrambla se hallaba muy adornada, y los miradores por muy nobles y hermosas damas ocupados; pero entre todos sobresalía el de la sultana y sus damas, y entre éstas, por lo rico y vistoso de su traje, mi señora Xarifa; la que al verme llegar con mis caballeros, mostróme en el rostro sentir grande regocijo.

Hecho acatamiento á los miradores reales, y dado una vuelta en redor á la plaza, me dirigí al mantenedor, según costumbre, y le rogué corriera tres lanzas conmigo, aunque sin interés del retrato de dama.

El caballero accedió; y picando espuelas á su caballo, tendió con donaire su lanza, y tocó á la sortija; pero en el extremo de abajo.

Lo mismo hice, y tuve mas fortuna, pues la llevé en mi lanza.

Tornó á la segunda con mejor suerte, llevándosela enganchada, é igualmente hice yo: pero no así él en la tercera y última, que pasó de largo, llevándomela también esta vez.

¡Si hubieras estado allí, amigo mio, vieras lo alegre que estaba por mi triunfo Xarifa!

Conforme me declararon vencedor, mis cuarenta caballeros, formados en dos cuadrillas de á veinte cada una, trabaron una vistosa escaramuza, que mas bien que tal parecía una reñida batalla.—Los jueces me llamaron, y me entregaron en premio una cadena de gran precio; y dando una vuelta, acompañado de muchos caballeros, al son de las músicas, me paré ante el mirador donde se hallaba la hermosa Xarifa; y alzándome en los estribos, la alargué la cadena, y con amantes y corteses frases se la di.

Xarifa me dió las gracias y en sus palabras conocí lo agradecida que me estaba.

Los instrumentos volvieron á sonar, y salí de la plaza, acompañado de los cuarenta caballeros de mi cuadrilla.

VI.

Aquella noche ví á Xarifa, cuyo contento era estremado.

Esperábame en el jardín, y me recibió mas cariñosa que ninguna otra vez.

—¡Qué gallardo y con qué fortuna estuviste, mi querido Zaide! fueron sus primeras palabras.

¡Si oyeras, continuaba, lo que la sultana y las damas me decían, y lo mucho que te

alababan, y la envidia que me tenían por tí!... ¡En verdad, que bien me decía el alma que tú habías de ganar!

Al verla yo de esta manera, y teñirse con el color de la rosa del desierto; al sentir agitarse su corazón como las hojas de los árboles cuando se acerca la tormenta; al escuchar su voz, suave como el incienso de Etiopia; al mirar sus ojos de gacela, tímidos, pero brotando amor, y al contacto de sus manos, mas finas que las telas de Cachemira, entre las mias, júrote, amigo Abenámbar, que me fascinaba, que no veía en aquel momento, y que me abrazaba en un fuego vivísimo.

Envidié al águila sus alas; porque hubiera querido arrebatarla en mis brazos, volar á lejanas tierras, y allí arrojando la cruz y la media luna, fundarla un nuevo y poderoso imperio, al cual nadie osára mirar; por ser imposible mirar al sol...

Esta fué, amigo Abenámbar, la última entrevista que tuve con mi señora Xarifa: ahora pasaré á contarte la causa de su ingratitud; pues aunque cierto sea que motivos hubo para su enojo, verdad es también que enterada de ellos debió volverme su cariño, y no emplearlo de tan mala manera como lo empleó.

VII.

Al día siguiente fui llamado por el rey, que quiso hacerme la merced de besar sus reales manos. Muchas alabanzas me dijo, aprobando mi elección y gusto en servir á una tan noble y hermosa dama.

La corte, que como tú sabes adula siempre al que vé en favor de la real persona, comenzó á felicitarme por mi suerte en las fiestas, y por haber alcanzado el amor de Xarifa, que tanto sin fruto habían pretendido. Esto hizo que muchos caballeros me rodearan y ofrecieran su amistad; la que yo admitía con finas y corteses razones.

Entre otros el que mas se me mostraba era Mahomet-Zegri, causa de todas mis desgracias; que al fin había de ser de raza de traidores y embusteros.

Aprovechando lo dispuesto que el rey decía estar á otorgarme lo que le pidiera, roguéle interpusiera su real valimiento para lograr mis bodas con Xarifa.

Ofrecióme hacerlo así, y me despedí de su alteza; pero advierte, amigo, cual distraído no estaría pensando en la dicha de que iba á gozar, que en vez de encaminarme á mi morada, me encontré sin saber cómo

mo en la misma puerta de Bib-El-veira (4).

Llegó la noche y hora acostumbrada, y palpitando el corazón de alegría marché á ver á Xarifa, ansioso de participarla aquella nueva con la que yo estaba seguro había de recibir contento.

Mas mi sorpresa fué grande, reparando que el paje no me aguardaba, como siempre.

El mas profundo silencio reinaba, escuchándose de tiempo en tiempo el canto triste de esas aves nocturnas, que solo en momentos de desgracia dejan oír su voz.

Mil sospechas se agruparon en mi acalorada mente; y todas se disiparon al recordar lo mucho que me amaba, llegado al colmo en la entrevista de la noche anterior; así es, que todo lo di á casualidad, y volvió el sosiego á mi alma. Pero tornó á repetirse lo mismo, y ya me afirmé en mis temores.

VIII.

Deseoso de verla, pasé todo el día en mi jardín entonando al son de mi guzla muchas y amorosas cantinelas, por ver si contestaba, como solía hacer frecuentemente.

Terminada mi canción, aguardaba oír su voz, devorando los instantes que trascurrían hasta perderse mis ecos. Pero nada; todo seguía silencioso como antes...

¡Qué horas pasé tan amargas, querido amigo, en los días y las noches que se sucedieron de esta manera!...

No podía continuar así; era forzoso terminar de una vez.

Determiné ver al rey, el cual se adelantó á mis deseos, dándome la terrible nueva que yo vine á sospechar de tal silencio.

—¡Desgraciado estás por Allah, amigo Zaide! me dijo. La hermosa Xarifa te niega su mano, no bastando ni mis razones ni mis ruegos: pero no te dé cuidado: que cosas son estas de mugeres, y acaso luego soplará viento contrario al de ahora.

—Así es la verdad, señor; y permítame vuestra alteza bese su real mano y déme licencia para retirarme, que los cuidados de mi padre me requieren junto á él.

Dije con acento de indiferencia; aunque dentro de mi pecho sentía un dolor que destrozaba mi alma.

(4) Puerta de Elvira: la llamaban así los árabes por estar enfrente de la sierra de Elvira; y según otros, por dar paso á la ciudad de este nombre, situada en la Alcáza Cadima.

¡Qué pronto, amigo mio, cambió el viento que impelia con dulzura la barquilla de mi dicha por el tranquilo mar de mis amores: cuán pronto se cambió en recio y duro, haciéndola zozobrar entre las olas del desengaño y la inconstancia!

IX.

Mas no por esto perdí la esperanza de tornar á su amor; pues aunque la veamos tocar su fin, es, sin embargo, tan grande para el que ama, que todavía cree verla resucitar, tan alegre y brilladora como antes de morir.

La envié un billete muy sentido, preguntándole la causa de tanta ingratitud y crueldad, empapado en las lágrimas que mis ojos vertían con abundancia.

Su contenido no era otro que el que sigue:

«Di, Xarifa, de las bellas la mas bella, «y tambien la mas ingrata: ¿es cierto lo que «dijo el rey de que dejaste de amarme, y «que no quieres admitirme ya por esposo?... «En verdad que tal no creyera si pruebas «no me hubieses dado de ello, negándome «mi mayor felicidad, que consiste en verte «y adorarte. ¿Porqué sabiendo que te adoro, «así me tratas? ¿acaso por hacer gala de «cruel y veleidosa?

«¿Qué se hizo de tu amor? ¿tus promesas qué se hicieron?

«Volaron como el humo; que al fin eres «muger, y las mugeres sois como el junco; «que se inclina del lado del viento que mas «sopla... Pero dime, hija del placer, ¿qué «motivos te di yo para ser tan tirana y tan «voluble?

«No me lo digas; que bien entiendo que «el mas grande es haberte amado con el «alma.

«Adios; no puedo continuar mas, pues «la rabia y el dolor me ahogan.

«¡Que Allah, á quien pusiste por testigo, te premie.

Zaide.»

Aquel mismo día por la tarde, cuando me hallaba en mi jardín, frente á su ajiméz, vi caer un papel.

Abrolo, y leo estas palabras:

«Cierto es, Zaide, cuanto el rey ha dicho, y cierto que no debieras creer hiciera tal contigo, ni te privara de verme, si tú no fueras la causa.

De hoy mas no preguntes cuando á la calle salga, ni si á las fiestas vaya, ni qué

colores me agraden; que bastantes son los que por tu causa llevo en el rostro.

Confíesote que eres gallardo en demasia, buen ginete, gentil hombre, y la gala de los donaires: que eres valiente guerrero, que batallas cual ninguno, y que no hay en la lid quien te iguale; pero tienes un defecto para mí, Zaide, muy grande, y por el cual no puedo seguirte amando.

Hice de tí confianza recibíendote de noche en mi aposento: y en vez de guardar secreto, has puesto en peligro mi honra, contándolo todo á Mahomet en presencia de otros caballeros.

No fui yo quien rompió los juramentos; sino tú solo, tú solo fuiste, Zaide.

Piensas hacerme daño diciendo que Allah me premie: él quiera hacerlo así, que he de tener recompensa en lo mucho que padezco.

Adios, adios; y no vuelvas á verme ni hablarme mas.»

Xarifa.»

Ardiendo en ira al ver la infamia de aquel morillo mal nacido, arrollé furioso entre mis manos el papel, y juré lavar con su muerte la afrenta que á mí y á mi señora nos habia hecho.

(Se continuará.)

EL REY DE GUADIX.

Leyenda histórica.

(Continuacion.)

III.

LA CAUTIVA.

Ten, amor, el arco quedo,
que soy niña y tengo miedo.

Romance.

LA MARIPOSA. Jardinero, que riegas las flores,
¿como le vá al rey con la reina mora?

EL JARDINERO. Bien, Señora

LA MARIPOSA. Y yo ¡triste de mí! por esos campos sola!

Cuento de viejas.

Entre fragantes jardines
que forman sendas de flores,
y entre fuentes y jazmines.
mansion de los serafines
de sarracenos señores:

Entre sonoras cascadas,
bajo bosques de laureles,
do suenan dulces tonadas
ardientes y enamoradas
del cantor de los vergeles:

Allí donde el arrebol,
del alba al nacer el dia,
tivia ráfagas envia,
cual mensajera del sol
cubierta de argentería:

Junto á un estanque, reflejo
que derrama mil centellas
sobre el labrado azulejo,
cuando sonrien en su espejo
los rayos de las estrellas;

Un pabellon se levanta
con mil árabes molduras,
dulce morada que encanta,
á quien con riqueza tanta
le díera tantas figuras.

Tal vez convida al placer
aquel palacio risueño,
que de noche puede ser
grata vision de algun sueño,
delirio de una muger.

Mansion sin duda bordada
al viento que la rodea,
por la mano de algun hada,
que dibujó enamorada
cosas que el hombre no crea.

Asi en sus formas parece,
y así en sus contornos gira,
roja llama que allí crece,
cuando la sombra perece,
cuando la luz allí espira.

Que entre sus techos de oro
y en sus puertas de marfil,
del amor rico tesoro,
un genio con su buril
trazó esta letra: ¡Te adoro!

Y es brillante pensamiento
desde el agiméz labrado
ver como raro portento
hasta el blanco pavimento,
tal letrero allí trazado.

Mas este lema imprudente
que por doquiera brillaba,
era un sarcasmo insolente
para una bella inocente,
que presa allí suspiraba.

Era una insultante pena
para la cautiva hermosa,
que arrastraba su cadena,
como española serena,
como niña temerosa.

Que en aquel nido de amores
la blanca y triste paloma,

presa de estraños vapores,
podia olvidar con su aroma
que se marchitan las flores.

Hija del Bétis, capullo
de purísima blancura,
dormida al lángido arrullo
de la inocencia, y en cuyo
corazon la paz fulgura;

Luz Enriquez, la cristiana,
vió pasar un año hacia
desde arabesca ventana,
acaso la sombra vana
que soñó su fantasia.

Acaso triste experiencia
le hizo pensar de contino,
que en el mar de la existencia
naufraga la humana ciencia,
se estrella nuestro destino.

Acaso con honda pena
vislumbró la hermosa esclava,
que el hierro de su cadena
en lazos se transformaba
de jazmin y de azucena.

Acaso tembló al sonar
de la noche en la quietud
los preludios de un laud,
y un amoroso cantar
que aumentaba su inquietud.

Que entre sus techos de oro
y en sus puertas de marfil,
del amor rico tesoro,
un génio con su buril
trazó esta letra: *¡Te adoro!*

¿Era ardiente profecía
este apasionado lema?
¿Era de la noche umbria
fatal y rudo anatema,
dulce encanto ó burla impia?

¿Era del génio una flor
ó del arte una memoria?
¿Era un capricho de amor,
recuerdo de alguna historia,
emblema de algun dolor?

No, que á través del calado
agiméz, por do la brisa
penetraba, un embozado
veia siempre, reclinado
en la arabesca cornisa.

No, que su viva mirada,
nube de matices rojos,
en la hermosa reflejada,
era el iman de los ojos,
la estrella en noche enlutada.

Le vió con dura altiveza,
le vió con vago temor,
que es tal vez naturaleza
quien marchita la pureza

de la mas hermosa flor.

Oyó en los ecos del viento
al rey moro suspirar,
y escuchó su pensamiento,
de amor henchido y sediento,
en torno suyo estallar.

Perdió doña Luz la calma,
llevando por tal razon
del sufrimiento la palma,
la tempestad en el alma,
la muerte en el corazon

Y luchando sin cesar
vió á sus pies triste llorar,
victima de su abandono,
al que olvidaba su trono,
al iracundo Al-Hamar.

Delirio fué de la vida,
del porvenir un arcano,
una esperanza perdida,
ó ilusion desvanecida,
en borrascoso oceano.

Mas viendo el continuo lloro
del rey, y al sentir sus penas,
cayó en los brazos del moro,
rotas susblandas cadenas,
y al fin diciendo: *¡Te adoro!*

(*Se continuará.*)

NI EL VERANO

NI EL INVIERNO.

A mis amigos los Señores Don Luis Maraver
y Don Pedro N. Melendez.

Querido Luis Maraver,
amigo Nolasco Pedro,
abogados contrincantes
del verano y el invierno,
Defender tan malas causas
pésame, por Dios, el veros;
que no es propio de hombres duchos,
de canas y calvas llenos,
sostener *pro area et focus*
esos partidos extremos.
Defender uno las chinches,
los mosquitos, los insectos,
las sabandijas dañinas
que nos regala el buen Febo,
junto con amplia cosecha
de tabardillos molestos,
fiebres de un millon de clases

y hasta el cólera tremendo.
á no ser que amigo de este
al fin seas como médico,
y las epidemias ames
solo por tener enfermos.
Y el otro con igual fuerza
el tiriton defendiendo,
y la cereza colgando,
la tos y el catarro seco,
la terrible pulmonia
y las heladas y yelos,
que asi destruyen las mieses,
como arrebatan los viejos.

Dejad que cante el verano
algún segador gallego,
al compas de la chicharra,
de gazpacho el pancho lleno.
O vendiendo cacahuets
el valenciano chufero,
con su fria mercancia
de calle en calle corriendo.
Y que celebren las nieblas
del desapacible invierno,
el que por café caliente
vende súcio hollin disuelto
con pez griega por azucar;
ó el gitano buñolero
que engrudo depegar parches
en aceiton frie negro.

No se porque se celebran
esos partidos estremos
por nosotros, cuando hay
estaiones de per medio
apacibles, dulces, gratas,
de ambiente puro y sereno,
que ni por lo ardiente abrasa,
ni acobarda por lo fresco.
La risueña primavera
el aroma eleva al cielo,
que arrojan mil gayas flores
del cáliz brillante y bello.
Doquier suenan de las aves,
con bullicioso concierto,
saltando de rama en rama,
los amorosos gorgeos.
De pompa y galas se visten
el prado y el bosque ameno,
que festejan la estacion
del dulce amor y contento.
Pues donde vuelves la vista
de amor vés brillar el fuego;
que amor el aura respira,
y amores brotan del suelo.
¡Reina de las estaciones!
cual te amaba en otro tiempo,
cuando hervir sentia misangre
al contacto de tu aliento.

Ora estoy por el otoño,
cuyo temple ya prefiero
por lo plácido y tranquilo,
lleno de calma y sosiego.
La víd sus galas ostenta
brindando en racimos tiernos,
cual granos de oro agrupados,
nectar del hombre consuelo;
á quien distrae si está triste
y á quien alienta si es viejo.
Las suaves brisas que olean,
nuncios del helado cierzo,
el ardor del cruel verano
calman, que oprimia el pecho,
y respira blandamente
sin sofocantes bostezos,
el labrador afanado
que prepara sus aperos.

Fuera vayan, fuera vayan,
todos los tiempos estremos,
y no haya gente sensata
que no prefiera los medios
Yo que soy conservador
ahora, aunque nada conservo,
ni la juventod lozana,
ni un turruncillo pequeño;
que dejes vuestros clientes
como amigo os aconsejo,
indignos de que empleeis
en su pró tan lindos versos.
Conservemos la alegria
que nos quitó el crudo Enero,
y la razon confesando
que contra vosotros tengo.
Ora que Marzo se marcha
y llega Abril placentero,
decid, que tanto el verano
como el aterido invierno
los lindos cantos no valen
que en su loor habeis compuesto.
Y perdonad que un profano,
mal prosista y peor coplero,
un mal romance dirija
á quiénes los hacen buenos.

CANTA-CLARO.

ODA.

A LA ESPERANZA MORAL
Y A LA ESPERANZA MUNDANA.

Heaven and she Hell.

MILTON: PAR. PER.

De angélicos espíritus cercado

El Supremo hacedor, grande, glorioso,
En su célico sólio y portentoso
Sobre nubes alzado,
En su fábrica hermosa se gozaba;
Y mientras de su obra descansaba,
Para elevar al hombre hasta su altura,
La esperanza le dió divina y pura.

«Esa virtud» con armonioso acento
Le dijo: «te uniré dulce, amorosa,
«En tu existencia plácida y dichosa
«Con seguro ardimiento
«Al ser que te formó, que te destina
«Para gozar en su mansion divina;
«El la conservará siempre en tu ayuda,
«De todo engaño y de ficción desnuda»

Y apareció con su eternal belleza,
De juveniles gracias adornada,
De rosas y de lirios coronada
La púdica cabeza,
La divina esperanza, que anhelante,
Con faz alegre y célico semblante,
Con la antorcha en su diestra se mostraba
Y al eco de su Dios el vuelo alzaba.

El mortal respiró: del bajo suelo
La vista aparta: A la esplendente Diosa
Apacible, radiante y ostentosa,
Vió descender del Cielo;
Bendice á su creador: ledo se humilla
Doblando reverente la rodilla:
Y al sentirse anegado en la bonanza,
Se entrega á su benéfica esperanza:

Retumba en tanto el espantoso trueno
Que rodó en el espacio; y en la esfera
Con desmayada lumbre y pasagera,
Se vió el iris sereno
Perdido su esplendor, y tenebroso
Con soberbio alarido y espantoso,
Satanás, abortado del infierno
Se apareció con su clamor eterno.

«¡Maldición!» repitió «¿El hombre impuro
«Há de triunfar del universo entero?
«Ese ser imperfecto y altanero
«Con poder inmaturo
«Ha de gozar la luz del claro día?
«¿Ha de vencer la bárbara porfia
«De mi arrogancia y mi dominio ufano?
«Yo me opondré á su furor liviano.»

«Dios para unirlo á sí creó la esperanza;

«Para encumbrarlo lo arrojó en sus brazos;
«Para deificarlo entre sus lazos
«Le inspira confianza:
«Es mi valor con su valor medido,
«Miserero; despreciable, reducido;
«Mas yo hasta donde alcance, su contento
«Turbaré con mi acecho y mi tormento»

«Yo crearé otra esperanza parecida,
«Que lo halague también y fortifique;
«Que la ventura y el placer le indique;
«Que lo impulse atrevida;
«O que lo engañe astuta y recelosa;
«Lo arrebate traidora y engañosa;
«Y que en su frágil mísera carrera
«Lo precipite ufana y lisongera»

Y lanzó una deidad de aspecto hermoso,
De dulce faz y vista penetrante,
De espíritu atrevido y arrogante;
Mas de ánimo espantoso,
Que corrió el ancho mundo con su vuelo;
Que sembró caprichosa por el suelo
La desunion, el vicio, la falsia,
Pues todo mal á su maldad se unia.

Al eco del Señor sus alas bellas
Miguel despliega; y desde el alto cielo
Con lucido esplendor y santo celo
Entre claras estrellas,
«No hay como Dios» en su broquel gravado,
Por la bondad inmensa alicionado,
Con su espada de fuego recorría
El espacio que el réprobo seguía.

Y con voz celestial: «Desciende, impuro,
«Y no turbes la paz y la ventura
«Del ser» le dijo «que su fé asegura
«Indefinible y puro.»
Y con la vista el monstruo amenazando,
Y sus tétricas alas desplegando,
«Guarda» exclamó «tu grei y su esperanza,
«Que victimás serán de mi asechanza.»

Desde aquel punto en actitud cuitosa
El hombre sigue incierto su destino;
De su existencia el áspero camino
Con planta pavorosa
Huella: y una esperanza al bien lo inclina:
Otra lo impele á su fatal ruina:
La una lo guía al seno del eterno:
La otra lo precipita en el Averno.

J. MIGUEL DE ARRAMBIDE.

LA FLOR Y LA MARIPOSA.

TRADUCIDA DE V. HUGO.

Una pobre flor decia
á mariposa hechicera:
—No huyas de mí, vida mia,
yo quedo aqui noche y dia.....
y tu te vas tan ligera!
Oh! nosotras nos amamos,
y de los hombres en pos
sin correr, solas estamos,
y diz que nos semejamos
y somos flores las dos.
Mas ¡ay! me retiene el suelo,
mientras tu te dás al viento.
¡Cruel sentencia del Cielo!
Ah! yo quisiera tu vuelo
embalsamar con mi aliento!...
Mas no; tu vas á besar
de otras flores la corola,
y huyes de mi sin cesar,
mientras que yo quedo sola
viendo mi sombra girar.
Vas y vienes bullidora
á ser de otras encanto,
huyendo de quien te adora;
asi me ves cada aurora
anegada en triste llanto.
Ah! si quieres goce aqui
nuestro amor dias felices,
es menester ¡ay de mi!
darte como á mi raices,
ó darme alas como á ti!

J. R. DELGADO.

SERENATA.

El rocío que baña
La selva umbrosa,
El perfume gratisimo
Que dá la rosa,
En nada iguala
Al que tu dulce pecho
Tranquilo exhala.
Al nacer la alborada
Los ruiséñores,
Cantan en la enramada
Nuestros amores;
Y sus canciones
Enlazan dulcemente
Los corazones.
Murmuradores rios,
Bellas cascadas,
Gigantescas encinas,
Cumbres heladas,

Bosques umbrios,
Recojed en las tardes
Los ayes míos.
Estrellas refulgentes
De noche en calma,
De la luna destello
Que alegra el alma,
Decidme ahora
Donde está mi adorada,
Si canta ó llora.
Olas que riza el aura
Y que en la arena,
Estienden blanca espuma
De perlas llena,
Hasta su oido,
Llevad tranquilamente
Vuestro quejido
Enamoradas aves
Gorgeadoras
Sed de estas bellas flores
Las portadoras.
Y allá en su lecho
Ostentad sus colores
Sobre su pecho.
Entonad vuestra lira
Bardos del cielo,
Y decidle vosotros
Mi dulce anhelo;
Lo que la adoro,
Y que tan solo ella
Es mi tesoro.
Adios, bella sultana
De mis amores,
Que ya llega la aurora
Con sus colores;
La luz del dia
Separa á los que se aman,
Paloma mia.

JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA.

Santiago 1860.

SUeltos.

Con satisfaccion hemos visto el nombre de algunos de nuestros literatos, en las columnas de la *Revista de Sevilla*, y á la vez anunciar esta nuestros *Juegos florales* que deben verificarse el 26 de Mayo. Emulas y no rivales deben Córdoba y Sevilla labrar su mútuo porvenir.

Concluido ya todo lo necesario, mañana lúnes 16 en la noche se abrirá el certámen científico provincial. Las personas que deseen tomar parte, pueden ver el Reglamento inserto en nuestro número 9, correspondiente al dia 11 de Marzo.

Editor y administrador, ANTONIO MARQUEZ

CORDOBA.—1860.

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Tena.